

Cuando se hallaron dispuestos, Manzanedo tomó el extremo de un pañuelo y Saligny el otro, quedando atravesado el lienzo entre Wask y Don Fernando, velándose aquellos rostros deformes y sangrientos.

Saligny dió las voces de mando.

—¡Uno!

Wask y el Conde prepararon las pistolas.

—¡Dos!

Los adversarios tendieron el cañón de su arma apuntándose al través del pañuelo á quema-ropa.

Hubo un momento terrible.

—¡Fuego! grito Saligny.

Simultáneamente dispararon las pistolas aquellos hombres, y el lienzo voló en pedazos.

Al disiparse el humo que envolvía á los actores de tan terrible escena, se vió al aventurero con la cabeza echada hacia atrás, y una caverna en el corazón.

—Hemos concluido, dijo el Conde perfectamente tranquilo.

—Hemos concluido, repitió sombríamente Saligny.

CAPITULO XII.

DEL ASALTO A LAS PARALELAS EN LOS ULTIMOS MOMENTOS DE LA CIUDAD SITIADA.

I.

Las provisiones se habían consumido, y de los almacenes del ejército se proveía el pueblo, que agonizaba de hambre.

Las municiones de guerra tocaban á su término, y la esperanza de un éxito feliz en las operaciones había desaparecido.

Quedaba en pié aquel esqueleto de bronce con toda la solemnidad histórica del heroísmo.

Al caer ese gigante sobre los escombros de la plaza demolida, podía dejar sepultados á mil enemigos bajo su acerada armadura.

El momento se aproximaba, y la señal fúnebre de su muerte la había dado la artillería sobre la arena ensangrentada de San Lorenzo.

El ejército no se rendirá sin haber quemado sus últimos cartuchos.

El fuerte de Santa Inés, reparado por el audaz Carlos Gagner, había infundido temor á los franceses, que decidieron abandonar la empresa de su toma.

Aquella avalancha convergió hacia el lado del polígono, que abrazaba los puntos del Carmen, fuerte Zaragoza y Totimehuacán; ese punto debía haber sido objetivo de ataque desde el principio del sitio, porque era la llave de la ciudad; esto lo conocieron los franceses ya en vísperas de la rendición.

El orgullo francés pretendía aún la toma de la ciudad por asalto. Dios no quiso conceder á las águilas de Montebello plantarse vencedoras sobre aquellos muros entre el estruendo de la batalla.

II.

La derrota de San Lorenzo alentó á Forey, que llevaba muchos días de silencio bajo su tienda de San Juan.

El día 9 dió el ejército francés señales de vida; las baterías reforzadas de Tepotzúchil abrieron sus fuegos sobre sus fuertes de Ingenieros y Zaragoza, enfilando uno de los flancos del convento del Carmen.

—Zuavos y cazadores avanzaban sobre esos puntos, amparados con su sistema de pozos, mientras los trabajos seguían sin descanso sobre la línea.

El fuerte de Ingenieros seguía defendido por los valientes soldados de Durango y Chihuahua, á las órdenes del malogrado general Patoni.

La noche del 9 los Ingenieros franceses trabajaron sin descanso, y en medio de la oscuridad se distinguían los reflejos de sus linternas, y casi podían adivinarse los nuevos trazos que estaban dando en la línea de ataque.

A las primeras luces del día 10 se percibió el enorme avance del enemigo.

El ramal comenzado hacía dos noches, marcaba decididamente el ataque á Ingenieros.

La cabeza de zapa caminaba violentamente á la garita de Teotimehuacán. Entretanto, los fuegos de Tepotzúchil no cesaban de batir los puntos mencionados, y habían ya causado un gran número de desgracias.

Las obras muertas y barracas que se habían construido en la plaza del fuerte de Ingenieros, comenzaban á caer demolidas por los proyectiles.

Entre los Ingenieros y Zaragoza se estableció una fortificación, encadenando las dos posiciones, trabajando como ingenieros los valientes surianos á las órdenes de Pinzón y los sol-

dados de Chiapas, que detendían también el fuerte de Zaragoza.

Los soldados de Durango y Chihuahua seguían también sus trabajos, á pesar de la debilidad producida por el hambre que se hacía sentir en todo el ejército. En el Cármen y sus manzanas anexas se improvisaban fortificaciones por orden de Ghilardi, ejecutadas por Gagern.

Los franceses avanzaban, y sus fuegos de rifle enfilaban los tres puntos marcados por el asalto.

Los franceses, que no tenían más enemigo que el de la plaza, estrechaban más y más aquella línea terrible de circunvalación.

Los trabajos de sus ingenieros se encontraban el día 12 á ochocientos metros del fuerte, estando establecida la primera paralela y el camino cubierto siempre á su avance.

Otras obras se practicaban sobre los demás reductos y todo aseguraba un asalto general bajo las reglas más precisas de la estrategia.

III.

Serían las cinco y media de la mañana cuando la artillería de la paralela se hizo sentir sobre los baluartes y cortinas del fuerte de ingenieros, siguiendo incontinenti el Tepotzúchil con sus doce piezas rayadas, jugando simultáneamente sobre el mismo punto de enfile, haciendo tantos estragos, que á los pocos momentos los bravos soldados de Durango y Chihuahua se veían tendidos por la plaza del fuerte horribilmente mutilados, y los que quedaron aún con vida permanecían firmes y disparando sus armas de continuo contra los franceses que asomaban por las paralelas, fosos y caminos cubiertos.

Hacía una hora que el fuego de brecha luchaba en vano por abrir un camino entre aquellos muros; sin embargo, algunas piezas estaban desmontadas y el capitán García estaba junto á sus artilleros, que exhalaban en aquel instante su postrer aliento.

Patoni permanece sereno entre aquella tormenta de fuego, apenas repara en uno de sus ayudantes que expira á sus pies atravesado por el plomo.

Después de dos horas, los muros cedían al choque de los proyectiles y la brecha estaba practicada.

Cesa el fuego y los ingenieros tratan de reparar los estragos.

Alejandro García lleva en persona cañones de á 12 y obuses de á 36 para sustituir las piezas desmontadas, renovando as escenas de San Javier.

La ambulancia no cesa de conducir á los heridos, aquella ambulancia estaba dirigida por el doctor Navarro, á quien tanto debe el mundo de la política y de la ciencia.

El resto del día se lanzaron bombas á la ciudad y por la noche seguía el trabajo de zapa por los franceses y la reparación interior por mexicanos, que lograron cubrir la brecha practicada.

Amaneció el día 13 y la segunda paralela estaba trazada, y por el rumbo del Carmen, el ramal que se desprendía del centro del camino, marcado con una línea de zíg-zag más quebrada que las anteriores, para el establecimiento de nueva batería.

Otro ramal avanzado á Teotimehuacar, marcaba otra línea de ataque, así es que todas las baterías de brecha quedaban á 800 metros del fuerte de Ingenieros.

La noche del 13 y cuando ya la desesperación se iba introduciendo de una manera terrible en el alma de aquel héroe ejército, el general Patoni y Sánchez Ochoa pensaron en hacer una salida audaz sobre las paralelas á disputar cuerpo á cuerpo con el enemigo, que se acercaba cauteloso en el silencio de la noche al abrigo de sus bocas de fuego y con todas las ventajas de su posición.

Pidieron auxilio al general en jefe para el movimiento, señalando los cuerpos de Durango y Chihuahua, formando con la reserva un total de mil hombres que en columna se echarían sobre los franceses.

Patoni apoyaría desde el fuerte con sus cañones y auxiliaría en un momento dado á los iniciadores de tan temeraria empresa.

Sánchez Ochoa aguardó en vano las reservas, Patoni lo envió á la plaza porque el tiempo trascurría violentamente y el crepúsculo matutino se dejaba sentir en el horizonte.

El momento de asalto pasaba y la ansiedad era inmensa, los valientes de Durango y Chihuahua descansaban sobre las armas esperando el instante de combatir.

Trascurrió una hora y otra hora, el sol apareció radiante alumbrando el campamento enemigo, haciendo brillar las innumerables bayonetas que salían de las paralelas y caminos cubiertos.

Patoni tuvo que adurar de su esperanza y prescindir de un proyecto combinado en medio del entusiasmo patriótico.

El general en jefe no había creído oportuno cumplir la oferta de enviar las reservas para el asalto.

V.

A las ocho de la mañana llegó Sánchez Ochoa al fuerte de Ingenieros; venía furioso con tanta espera.

— General, dijo, saltando de su caballo, todos se oponen al movimiento, nos quieren tener encarcelados hasta el último instante, hemos perdido mil ocasiones en que la victoria nos brindaba con sus laureles.

Patoni se levantó como inspirado, y tendiéndole la mano á Sánchez Ochoa, exclamó:

— ¡Compañero, al asalto!

— ¡Al asalto! repitió entusiasta el ingeniero, y pocos momentos después los clarines del fuerte tocaban llamada de tropa.

Organizanse dos columnas, una de seiscientos hombres al mando de Sánchez Ochoa, y otra de cuatrocientos á las órdenes de Moreno, compuestas ambas de los heróicos soldados de Chihuahua y Durango.

Aquella calaverada militar, aquel movimiento contra las órdenes del general en jefe, estaba condenado por la disciplina; pero ya en esos momentos de espantosa crisis tenía mucho de heróico, y más aún, de arrojado y romancesco.

“Desobedecemos, pero sabremos morir,” dijeron Patoni y Ochoa, y llamaron á la muerte con la evocación espontánea de su valor y patriotismo.

VI.

Brilla el sol sobre el bronce de los cañones del fuerte cargados á metralla, los parapetos y cortinas están cubiertos por un escaso número de soldados que aguardan inquietos el espectáculo sangriento que va á presentarse sobre aquella escarbada arena.

Potoni, como uno de los caballeros de la edad media, yace sobre los parapetos ostentando su arrogante figura, que se destaca majestuosa al frente de sus soldados y bajo aquella bandera santa clavada sobre el reducto.

Todo en aquel momento es grande y sublime, el enemigo ni aun sospecha el golpe audaz que se le prepara, está fuera de su alcance tal arrojo y valor.

De súbito los clarines se dejan oír y las pequeñas columnas salen al toque de marcha por el glásis del fuerte y se encaminan serenas é impertérritas sobre la paralela.

El enemigo duda un instante, pero al ver un avance tan decidido, descarga á metralla sus cañones, desdeñando á la débil oruga que atraviesa el campo para morder el bronce terrible de su artillería.

Los fuegos de los zuavos y cazadores son mortíferos por lo corto de la distancia, las columnas siguen y siguen avanzando.

Sánchez Ochoa y Moreno lanzan vítores de entusiasmo para animar á sus soldados á quienes acribilla la metralla y fusilería.

Los soldados saludan á la patria, los clarines tocan paso de carga, y los tiradores á izquierda y derecha no cesan en sus disparos contra el enemigo.

Una nube de polvo y humo envuelve á las columnas, nube que al azote del viento deja ver las bandéras de los batallones que no retroceden ante la muerte que los diezma y despedaza.

Los franceses no dudan ya del intento de los mexicanos, y como un torrente acuden á las paralelas y caminos cubiertos, lugar del ataque, para rechazar á tan audaces adversarios.

En medio de aquel fuego nutrido, se oyen las voces de los asaltantes que ya llegan á las paralelas.

Suena un último toque: aquella masa compacta se extiende en una sola línea de batalla, y corren y llegan sobre las tierras escarbadas de la segunda paralela, y traban un combate sangriento á la bayoneta, y zuavos y cazadores se encuentran desmoralizados, y huyen por los caminos atropellándose y muriendo, y regando con su sangre el campo del combate.

La columna de Sánchez Ochoa coloca su bandera en el extremo izquierdo de la segunda paralela; pero la tercera parte de sus soldados yacen tendidos en la arena.

El joven coronel de ingenieros blandía su espada victoriosa sobre la línea de ataque del ejército francés.

La paralela, desierta y abandonada, servía de ancha fosa á los soldados de francia, y las valientes tropas de Durango y Chihuahua lanzan gritos de emoción al consumir aquella victoria!

VII.

La columna de Moreno aun no llega á la paralela; pero sigue avanzando sobre la línea entre la muerte y el exterminio.

El enemigo se rehace, y en número de cuatro mil hombres vuelve furioso á recobrar su campo.

Momento angustioso y terrible para aquellos héroes! conservar la posición es imposible, librar una batalla irrealizable.

Los vencedores disparan sus armas y esperan á la bayoneta.

Oyese el toque de retirada que suena en los baluartes de Ingenieros, y comienza á operarse el movimiento en el mejor orden, conteniendo al enemigo que se arroja á la bayoneta.

Las columnas asaltantes retroceden, cuando los franceses saltan de los caminos cubiertos y se disponen á pagar su visita á los asaltantes.

En esos momentos supremos, una fuerza mexicana aparece entre el fuerte del Carmen y el de Ingenieros, que avanza decidida; desplegada en batalla, y protege la retirada á sus hermanos, que vuelven victoriosos del campo de la lucha.

Detiéndose el enemigo y comienza un desastroso combate.

La batalla mexicana la forma el Mixto de Querétaro, Rifleros de San Luis, siempre con Salazar y Fernández á la cabeza, y el batallón de Aguascalientes, que se encontraba con un número reducido de soldados; porque la mayor parte habían sucumbido en los encuentros.

Durante aquel terrible fuego graneado á pecho descubierto, el porta bandera del Mixto de Querétaro recibió un balazo en la mano con que sostenía el estandarte del batallón; el bravo militar lo empuña con la otra y sigue en su puesto.

Otra bala le hiere la pierna derecha y cae incado; pero no suelta su bandera. ¡Qué hermoso espectáculo! ¡Qué figura tan bella la de aquel joven héroe bañado en sangre y empuñando la bandera de su batallón! ¡No en vano lo eligieron para sostenerla!

Un tercer proyectil atraviesa el aire y penetra en el corazón del abanderado, que cae instantáneamente cubriéndose con la faja tricolor del estandarte venerando!

Al mismo tiempo que tenía lugar aquella escena, el Mayor del batallón Rómulo Bautista, moría al frente de sus soldados. Aquellos episodios eran dignos de figurar en el grandioso cuadro de aquel día.

Al pié de la línea de batalla se veían multitud de oficiales y soldados tendidos sobre la arena.

El batallón Reforma fué acribillado por el enemigo, batiéndose heroicamente.

Replegóse la línea de batalla, y á la retaguardia de las columnas, entre un huracán de hierro candente y una tormenta de metralla, regresó aquella heroica falange victoriosa á sus parapetos.

VIII.

Ha trascurrido una hora después del asalto á las paralelas; los restos de Durango y Chihuahua, así como los batallones

que protegieron su retirada, están ya dentro del fuerte, descansando sobre sus armas:

En una superficie de 800 metros de longitud, en derecha á la segunda paralela, hay regados más de seiscientos soldados de Chihuahua y Durango; ¡horrible matanza!

Entre aquellos mártires de la independencia está Porras, jefe de un batallón de Durango; su cadáver se encontraba sobre la segunda paralela, marcando el lugar donde se plantó vencedora la bandera de la República.

Los heridos se arrastran entre la yerba para acercarse á los parapetos; la ambulancia acude al campo en busca de los soldados; pero los desgraciados que están entre el fuerte de Ingenieros y la línea de ataque francesa, no es posible atenderlos, porque los zuavos y cazadores de Vicenes disparan sus rifles contra las camillas, vengando su derrota en aquellos nobles heridos, cuando no pudieron resistir el choque de sus armas.

Patoni está lívido como un cadáver; pero satisfecho de esos soldados con quienes atravesó las soledades del desierto para combatir en los campos de Zaragoza.

Aquel último rasgo sobrepujaba á cuantas escenas de arrojo y de valor indomable se habían desplegado en tan gigante lucha.

El fuerte de Ingenieros había realizado su destino; su estandarte quedaba condecorado por la mano de la fortuna y del heroísmo!

CAPITULO XIII.

DEL GOLPE TERRIBLE DADO A LOS PARTIDARIOS DE DON JUAN DE BORBÓN.—OTROS DESCUBRIMIENTOS NO MENOS INTERESANTES.

I

El General Forey estaba desesperado con la resistencia tenaz de los mexicanos; en sesenta días de ataques continuos, sólo el fuerte de San Javier había caído en sus manos; esto le contrariaba porque no podía relatar victorias ni heroicidades.

El ataque último dado sobre las paralelas, no podía menos que demostrarle que aquel ejército no cedería ante la fuerza de sus baterías ni ante el estrago de las bombas.

Forey calculaba que ya no podían existir en la plaza municiones de boca, y mención de guerra; pero se resistía á dar para

te á Napoleón III de que esta circunstancia motivaría la rendición de la ciudad.

El paquete francés llegó, y la correspondencia estaba llena de inquietudes por la suerte del ejército francés.

Los que habían resuelto en unos cuatro días sobre los campos de Solferino la cuestión de Italia, aun no daban el primer paso, después de un año de campaña y dos meses de sitio, sobre la plaza de Zaragoza.

Forey y Saligny veían su correspondencia, que por cierto carecía de interés, cuando el plenipotenciario dió un puñetazo sobre la mesa.

—¿Qué pasa, señor Conde?

—Nada, contestó riendo Saligny, estos Borbones tienen muy peregrinas ocurrencias.

—¿De qué se trata?

De que el príncipe Don Juan de Borbón, cuando ha visto la popularidad de Maximiliano, renuncia generosamente la candidatura al trono de México.

—Tiene su mérito ese documento.

—Al menos la novedad. Hoy se lo enseñaré á uno de sus más ardientes partidarios.

—¡Hola! ¿conque tenemos en el campo partidarios de Don Juan?

—¿Y por qué no?

—Tenéis razón, el país va á elegir monarca, justo es que todas las candidaturas concurren á la ánfora electoral.

—Pues no contéis ya con el refugiado de Inglaterra.

—Es de sentirse que un Borbón no gobierne á este desgraciado país.

—No puede negarse que son hábiles hasta el despotismo, y desinteresados hasta dejar á los pueblos sin un céntimo.

—Estáis de broma, señor ministro.

—Sí, voy á dar ahora una terrible.

—Sobrecartó el pliego y llamando á uno de los ayudantes, le dijo:

—Entregad este pliego, á un español llamando Manzanedo, que se encuentra bajo mi tienda.

II.

El Conde del Jaral y Manzanedo conversaban sobre la realización de sus planes, asunto que los preocupaba de una manera terrible.

—Si Don Juan entra al poder, somos felices, amigo mío.

—Lo creo, pero yo no conservo relaciones con Cabrera.

—Ya haré que entabléis las amistades, es una persona que hasta ahora es poco conocida, se le ha juzgado siempre mal; pero ya veréis cómo se porta luego que mi amo y señor acepte el trono de México.

—Lo que deseo es salir de esta atmósfera.

—Vuestras aspiraciones son fáciles de satisfacer, poseéis una gran fortuna, los bonos de Jecker os hacen punto menos que millonario, y tenéis todos los elementos para desempeñar una embajada en las cortes extranjeras.

—Ese es todo mi deseo acaso olvidaré algo de las escenas que han pasado como una sombra por mi existencia.

—Siempre lo mismo, Don Fernando.

—Cualquiera diría que he olvidado á Wask; oídme Manzanedo, la imagen de ese hombre me persigue; si creyese en el espiritismo, creería que ese hombre no se apartaba de mi lado; su memoria me irrita y asusta algunas veces; me parece verlo con la cabeza caída hacia atrás, el ojo vaciado, la órbita descubierta, y aquella terrible herida en el corazón, donde acudía en borbotones la sangre negra y espumante.

—¡Callad, eso es horroroso!

—Yo sé que lo he matado en buena lid; pero me acobarda pensar que puede llegar una hora también siniestra para mí.

—¿Y en que os fundáis, caballero?

—Dentro de los muros de aquella plaza, que combatimos momento á momento, hay un hombre que ha jurado mi muerte,

—¿Y qué os importa?

—Oídme: es débil, tal vez cobarde, pero ha sido burlado por una mujer, y yo me he atravesado entre ella y su corazón.

—Temeroso estáis, señor Conde.

—Tengo un presentimiento, y el corazón jamás ha dado un aviso en falso.

—¡Superstición!

—Verdad, Manzanedo.

—¡Locura!

—Locura, sí, pero que estoy acostumbrado á ella: jamás se ha quedado sin realizar uno solo de mis presentimientos, y es horrible pensar que un porvenir comprado á costa de sangre, de crímenes y de sacrificios, pueda arrebatármelo la hoja helada de un puñal.

—Desechad esas ideas que os traen desalentado y sombrío; no sois un hombre vulgar, retraeos solamente y no penséis en nada malo delante de esa vía ancha y florida que se abre delante de nosotros.

III.

—¡Hola! dijo Don Fernando, un ayudante del Cuartel general.

—¿El señor Manzanedo? preguntó el oficial.

—Servidor vuestro, caballero.

—Aquí tenéis vuestra correspondencia, y este pliego que os envía su excelencia el señor ministro de Francia.

—Gracias, caballero.

El ayudante se retiró saludando cortésmente al Conde y á Manzanedo.

—Veamos qué dice la madre patria.

—¿Os incomoda?

—Por el contrario, deseo que sepáis lo que pasa en aquellas regiones.

Manzanedo reservó para postre las cartas del Conde de Morella, porque llamó su atención un pliego con carácter de "urgente."

Rompió la cubierta y leyó.

"Señor Manzanedo:—Os ruego pongáis en manos del caballero Edmundo Mons, la correspondencia que os remito; leedla antes y ayudadle á buscar á su hijo.—JUSTO RODRIGUEZ."

—¡Es particular! dijo el Conde, veamos lo que dicen estos papeles respecto á ese buen amigo que tiene en su casa á la Montemolin.

—¿Sabéis, señor Conde, que esto pica en historia?

—Sí, veamos.

"Edmundo:—Seducida por un hombre te abandoné, consumando la más terrible ingratitud.....Perdóname, lo que voy á rebelarte es espantoso. Mi seductor no me permitió llevar conmigo á nuestro hijo y lo dejé entregado á manos extrañas. Un hombre llamado Heraclio Mondoñedo se ha encargado de su educación; no he cesado de remitirle cantidades de dinero para sus necesidades. Hoy que la muerte se acerca á mis párpados y va congelando la sangre del corazón, reuno todo lo que poseo y lo envío á ese desgraciado expósito, recopensando al hombre que tan generosamente lo ha adoptado; él te buscará para entregarte á mi hijo, ámale, ya que no en memoria de la mujer que te ha injuriado, sí en cumplimiento de un deber y de los últimos ruegos de una moribunda. - CLOTILDE.

—¡Demonio! dijo el Conde, ¡Mondoñedo hermano de Eloisa!

—¿Luego conocéis á ese joven?

—Perfectamente, es la misma persona de quien os he hablado, mi enemigo irreconciliable.

—Con esta carta podéis conquistar su amistad.

—Por el contrario, tendrá dos ofensas que vengar.

—Tenéis razón.

—No obstante, quiero ser el portador de ese pliego, al caballero Mons le soy deudor hasta de la honra y le devolveré á su hijo.

—Como gustéis, tomad estos billetes que importan veinte mil pesos y devolvedlos á ese caballero.

—Lo haré exactamente, como os encarga vuestro amigo.

—Corriente.

—Este tiene algo de dramático; me parece que Mandoñedo se ha enamorado de su hermana.

—¡Diablo! eso sí es algo serio.

—Ya lo creo, es preciso evitarlo á toda costa; me reservo estos papeles para el día que caiga la plaza.

Mazanedo continuó la lectura de sus cartas, mientras el Conde reflexionaba sobre tan extraña coincidencia.

IV.

Nuestros lectores querrán saber algo sobre esta historia.

Hemos visto la audacia del gallego Heraclio Mondoñedo al desprenderse de la cintura la botella donde guardaba los papeles interesantes de España.

Mondoñedo luchó una hora larga con la muerte; juguete de las olas creía llegar al buque encallado entre las rocas á una gran distancia de la playa.

Jadeante, asfixiado, y ya sin poder hacer esfuerzo alguno, se dejó llevar por aquella corriente impetuosa que lo estrelló contra el costado de la nave.

Una gran mancha de sangre se pintó momentáneamente entre las olas, el cadáver mutilado flotó algunos momentos y después desapareció en el abismo para siempre.

Disipóse la tormenta, las campanas de *Los Santos Mártires* enmudecieron y la lancha que había sobrevivido á la catástrofe marítima, arribó al puerto donde todos los marineros la recibieron en medio de las aclamaciones de regocijo.

La tripulación del *Fénix* veía á lo lejos los restos de su buque, y á la mañana siguiente hizo un pequeño viaje para visitarle y ver si podía recobrar algunos objetos.

Es costumbre entre la gente del mar, cuando salva de un desastre, llevar en hombros algunos de los palos despedazados del buque al templo del Carmen; porque esa virgen es la patrona de los naufragos.

Los marineros del *Fénix* regresaron trayendo los despojos del buque, que en hombros fueron trasladados á la iglesia de Nuestra Señora.

En un punto de la costa, llamado El Sardinero, se paseaba el español Don Justo Rodríguez, que había recogido á Manuel Mondoñedo los primeros años de su vida, cuando huyó de la casa del gallego, y abandonado á su vez, cuando regresó á España á consecuencia de sus negocios.

El honrado español no dejaba de recordar al estudiante, vagabundo y perdido en la capital de la República; en vano había procurado noticias de Mondoñedo, no hubo quien le diera razón de aquel pilluelo á quien abandonó obligado por la necesidad.

Hemos dicho que Don Justo Rodríguez se paseaba en el Sardinero en compañía de su inseparable amigo Marañón, tratándose de asuntos de comercio y de porvenir.

Cerca de la playa jugaba un niño, hijo de Rodríguez.

—Vamos, Atilano, vas á caerte en el mar; mira que esas olas te empapan el vestido.

—Déjelo usted que juegue, no hay riesgo en esa orilla.

—Este muchacho es caprichudo como la madre; Atilano, Atilano; mira que te voy á traer de una oreja.

—La he de pescar, respondía el niño, la he de pescar, esa botella viene muy bien cerrada.

—Efectivamente, dijo Marañón, la botella es sospechosa.

Las olas aventaron á la playa la codiciada botella, que Atilano atrapó instantáneamente, rompió el cuello contra una roca y las cartas aparecieron.

Marañón era hombre rico y Don Justo Rodríguez la esencia de la honradez, así es que conservaron en depósito los billetes después de enterarse del contenido de las cartas, y resolvieron á toda costa enviarlas á una persona de confianza que cumplierse con aquel testamento.

V.

Manzanedo seguía en la lectura de su correspondencia mientras el Conde luchaba con sus ideas sombrías.

Repentinamente el secretario de Cabrera prorrumpió en una exclamación terrible de honda desesperación.

Levantóse Don Fernando y acercóse á su amigo que azotaba su frente sobre la mesa.

—¿Qué tenéis? ¿Qué pasa?

—Caballero Dios nos castiga, hemos regado nuestro camino con sangre, y cosechamos desengaños. Mirad, leed y decid-

me si es posible que tantos sacrificios y tantas esperanzas se burlen con una palabra.

Don Fernando tomó el pliego y leyó.

MANIFIESTO DEL PRÍNCIPE JUAN DE BORBÓN.

“Herederero del trono de España por mis derechos de nacimiento, espero aún llegar á ser rey por la elección del pueblo. Para mí la tierra de México no tiene atractivo. No soy partidario del plan de Iguala, que decidió que un príncipe español sucediese al poder que entonces estaba perdido para la madre patria.

No soy conocido en México, ni tengo allí partidarios, sino sólo algunos *amigos personales* entre los partidos que dividen á aquel desgraciado país; de suerte que no puedo aspirar á ocupar el trono de éste, sino apoyado por bayonetas extranjeras.

Semejante posición repugnaría absolutamente con mis ideas y nada me obligaría nunca á buscar el poder al precio de la violación de esa libertad de elección que he invocado yo mismo y en la que quiero apoyar mis derechos á la corona de España.

En mi opinión, la única verdadera base de la grandeza de un príncipe, consiste en el afecto de su pueblo; y yo, como *elegido por los extranjeros*, sería siempre considerado ahí como un opresor.

Ante estas consideraciones comprenderéis que no puede ser candidato á la corona de México, y que dejo el campo libre á los demás.—JUAN DE BORBÓN.”

—Horrible! espantoso! murmuró Don Fernando.

—¿Y Doña Blanca? Dios mío! exclamó Manzanedo.

—Yo necesito hacer un sacrificio por ella, sacrificio que apenas puede retribuir los males que le he causado.

—¿Y qué podéis hacer, caballero, cuando estamos perdidos?

—A toda costa es preciso trasladarla á Europa y decirle la verdad entera.

—Sí, la verdad entera!..... va á morir de desesperación; ella tan noble, tan constante, tan valerosa, no podrá resistir á ese golpe aconsejado por la más ruin de las cobardías.

—Es cierto.

—Veá la carta del General Cabrera y aconsejadme.

“Manzanedo: Es necesario adjurar de nuestros planes; los manejos de la diplomacia francesa han arrojado al rey Don Juan de su puesto; regresad á Europa traed á mi querida Blanca; en nombre del cielo, que nada le suceda, consoladla en su infortunio, y decidle que mis lágrimas la acompañan y que la espero para estrecharla sobre mi corazón.”

—Yo no puedo deciros más, obedeced al Conde de Morella,

alejáos de esta tierra maldita y salvad á la hija de vuestro rey.

--Un último favor, caballero.

--Hablad.

--No me dejéis solo en estos momentos, ofrecedme salvar á Doña Blanca, ved que estoy solo y la desgracia me sigue como una sombra.

--Manzanedo, esta misma noche estaremos dentro de la plaza, y os juro bajo mi fé de caballero, que la hija de Isidro de Borbón será protegida por mi acero hasta ponerla en las orillas del Océano.

--Gracias, gracias, murmuraba llorando el fiel amigo de los Borbones, ya nada nos detiene en este suelo; me arrepiento de haber pisado las playas de mi patria; vine como el hijo ingrato á venderla, y el cielo me castiga.....estos remordimientos que me acosan serán el torcedor completo de mi existencia; yo siento que mi vida va á acelerarse con estos sufrimientos; quisiera con mi sangre borrar el pasado, pero esto es imposible.....imposible!

--Aprovechemos el armisticio; con un tanto de arrojo nos ponemos dentro de la ciudad, porque vá á llegar un momento afflictivo en que puede peligrar la vida de la Condesa; la tercera paralela sobre el fuerte de Ingenieros está ya establecida y todo dispuesto para un ataque general, que acaso no será resistido por los republicanos.

--Ellos morirán antes que los franceses pisen uno solo de sus parapetos; os confieso que el orgullo nacional se siente halagado; hemos visto la defensa heroica de la plaza, y detenido al ejército francés frente á esos muros desmantelados.

--No malgastemos el tiempo; seguidme, que ya la noche cae á toda prisa.

El arrojado aventurero, seguido del infeliz secretario de Cabrera, echó á andar rumbo á las manzanas del Hospicio para proporcionarse la entrada á la ciudad.

CAPITULO XIV.

PAN Y POLVORA.

I.

Los días que sucedieron á la batalla de San Lorenzo, Fo- rey trato de tomar á viva fuerza la plaza de Zaragoza, atacando el fuerte de ingenieros, que se sostuvo heroicamente. Las municiones tocaban á su término, y el hambre se hacía

sentir á un extremo espantoso; un puñado de habas tostadas era ya todo el alimento que podía proporcionarse á los soldados, que exhaustos y sin fuerzas, quemaban ya sus últimos cartuchos sobre el enemigo.

La plaza había llegado á su último día, y el general Ortega reunió á los jefes para resolver sobre situación tan extrema.

Aquellos hombres empeñados en la lucha temible del heroísmo, tuvieron que ceder ante la realidad de los hechos, y como un último rasgo de su valor indomable, quisieron que pasara el ataque iniciado por los franceses antes que ajustar los preliminares de una capitulación.

El 19 de Mayo que la historia marca como término al sitio de Zaragoza, se oyeron al amanecer las rodadas de la artillería sobre la línea enemiga, y era que ya la última paralela estaba concluida y saludaría con sus cañones al fuerte de Ingenieros.

Los soldados del reducto en la rabia de su situación estaban ansiosos de verter su sangre.

A las primeras luces del amanecer, sesenta bocas de fuego mandaban con una increíble celeridad sus proyectiles rayados sobre el fuerte de Ingenieros.

La línea de ataque francesa era formidable, la tercera paralela contaba con doce piezas y las baterías de los ramales, del molino del Carmen y garita de Teotimehuacán habían sido aumentadas con seis piezas más cada una.

Las baterías del Tepotzúchil disparaban sin cesar, enfilando las cortinas y baluartes del fuerte, mientras que zuavos y cazadores se acercaban al glásis de Ingenieros.

El fuerte Zaragoza y el Carmen protegían con sus fuegos al punto atacado; Pinzón y Ghilardi compartían los últimos combates al frente de sus arrogantes batallones.

Trascurren dos horas de aquel fuego mortal y el espectáculo es profundamente doloroso; las brechas están practicadas y el fuerte está casi reducido á escombros, y aquel desastre es de imposible reparación.

Entre el destrozado césped y los gaviones y sacos á tierra despedazados, están los artilleros y zapadores agonizantes, otros se arrastran entre los cadáveres y mueren si exhalar una queja.

La mayor parte de la artillería yace desmontada y los pelotones muertos entre los cañones y ruedas desgranadas.

De súbito una bomba cae entre las siete ú ocho piezas que hay en la plaza del fuerte, veinte artilleros caen deshechos por aquellos cascots, y también Ochoa, á quien las balas habían respetado en cien combates, cae herido atravesado de una pierna, se apoya en un sargento, que lo sostiene sombrío como la fatalidad; á un lado está el jefe García cubierto de tierra y con los vestidos despedazados.